

El Último Aquelarre de Anaga

Beatriz Aguilar Gallo

La niebla bajaba desde el Bailadero al ritmo de los tambores de piel de cabra. Llegaba a paso lento a la playa: primero lamía la arena negra que se amontonaba al pie del acantilado, después se deslizaba como una serpiente hasta la orilla y, por último, se mezclaba con la espuma de mar formando pequeños remolinos que bailaban al son de los tambores. La niebla y la espuma danzaban entrelazándose, mezclándose como si fueran viejas conocidas –o quizás viejas amantes– que no se veían desde hacía mucho tiempo. La luna llena era la única testigo de su danza y a ella le gritaban las voces consagradas a lo oscuro que aullaban en lo alto del Bailadero. Sus gritos resonaban entre las montañas del Macizo de Anaga, llenando cada rincón de tinieblas. El coro clamaba por cosas que no deberían escapar del dominio de las sombras.

El cántico se aceleraba con cada golpe de tambor. Poco a poco el volumen de las voces subió hasta unirse en un terrible aullido que hizo temblar al imponente León de Piedra y, como si un director de orquesta lo hubiera ordenado, los golpes de tambor se detuvieron y un silencio sepulcral invadió el Macizo.

Trece antorchas se encendieron en lo alto del Bailadero. Doce bajaron en fila india siguiendo el camino que había tomado la niebla hasta la playa y una se quedó en lo alto del acantilado. Ninguna se detuvo ni se quedó rezagada. Todas avanzaban al mismo ritmo como si formaran parte de un mismo ser.

Llegaron a la playa y una a una se fueron adentrando en la inmensidad del océano; una a una Iruene vio a las siluetas negras desaparecer en el mar. La piel se le erizó y se abrazó asustada. No estaba segura de qué acaba de pasar, pero había sido testigo de un secreto guardado en lo más profundo de Anaga desde tiempos ya olvidados por el hombre.

El sol apenas había salido cuando unos gritos pidiendo auxilio la despertaron del sueño inquieto en el que estaba inmersa. Se asomó a la ventana. Los gritos venían de unos pescadores que trataban de llegar a la orilla en sus pequeños botes pesqueros. Iruene corrió a la playa. Muchos vecinos corrían detrás o delante de ella. Los pescadores no dejaban de gritar horrorizados, señalando un punto entre las rocas de los acantilados.

–¡Creo que hay doce! ¡Creo que son doce! –gritaba uno de los pescadores.

–¿Doce qué? –preguntó alguien desde la playa.

–Doce mujeres ahogadas.

Se acercó más y las vio; ahí estaban, flotando con sus túnicas negras aún puestas. Todos se preguntaban asombrados qué podría haber pasado. Esperó a que alguien hablara sobre las doce luces y la extraña música que bajaba del bailadero la noche anterior, pero nadie lo hizo. Parecía que solo ella lo había visto. No dijo nada.

Se separó de la muchedumbre y se sentó en la arena.

–Iruene –susurró una mujer a sus espaldas.

Miró en rededor: no había nadie cerca.

–Iruene –volvió a susurrar la mujer.

Volvió a mirar: nada.

El movimiento de algo negro en lo alto del acantilado le llamó la atención. Levantó la vista protegiéndose del sol con la mano; había una figura alta envuelta en una túnica negra igual a la de las mujeres ahogadas. Tenía la cara oculta entre las sombras de la capucha y no podía verle los ojos, pero sabía que los tenía clavados en ella y que suya era la voz que le hablaba.

–Iruene, ven –dijo la Mujer de Negro.

Iruene se levantó de un salto y se frotó los ojos; la mujer había desaparecido.

Un escalofrío de terror la recorrió. Confundida corrió de vuelta a su casa, necesitaba irse de la playa cuanto antes.

Las ambulancias y la policía ya habían empezado a llegar. Los periodistas no tardaron en aparecer. Todos se agolpaban en la arena de la playa; querían conseguir la mejor instantánea, el mejor retrato de los doce cuerpos. En Taganana se ahogaba mucha gente, pero lo que había pasado ese día era algo insólito.

No se encontró con nadie, todos estaban en la playa tratando de saciar su curiosidad con el morboso espectáculo. Llegó a su casa casi sin aliento.

Cerró todos los postigos de las ventanas. Las dos plantas de la antigua casa de su familia se quedaron a oscuras. Apagó su teléfono móvil y se acostó en el sofá: no quería saber nada de las doce mujeres. Se quedó dormida y pronto extraños sueños comenzaron a llenar su cabeza: veía fuego por todas partes, oía música de tambores y cánticos incomprensibles. En su sueños la tierra se rompía y ella salía de sus entrañas desnuda y moviéndose al ritmo de la música. Cada vez bailaba más deprisa, hasta que empezaba a convulsionar de forma violenta: algo trataba de salir de su interior partiendo su cuerpo en dos. Iruene podía ver su cuerpo partido al lado de la grieta de la tierra. Horrorizada, veía que ella misma se alzaba de entre sus restos descuartizados, pero su nuevo yo tenía los ojos completamente negros.

Se despertó gritando y sin pensárselo corrió a mirarse en el espejo: sus ojos seguían siendo color avellana. Suspiró aliviada.

–Solo fue un sueño. Solo un sueño y nada más –se dijo –Pero creo que me vuelvo a Santa Cruz a pasar la noche.

Abrió las ventanas. Afuera ya había empezado a atardecer. El espectáculo que se veía desde su casa parecía sacado de una leyenda: el sol había coloreado las nubes de rojo sangre y el cielo se había vuelto de color púrpura. El mar también había tomado el color rojo del cielo, aunque algo más oscuro. Los acantilados ahora eran de color negro y la playa ya se había vaciado.

Se relajó un poco y por su mente rondó la idea de quedarse en Taganana una noche más. Sopesó los pros y los contras; ella solo quería irse porque se había asustado con un mal sueño y había tenido algún tipo de alucinación extraña, pero era consciente de que no tenía una razón real para volver a la ciudad en mitad del fin de semana. Además, la carretera no era la mejor para conducir por la noche. Conocía bien la enorme colección de curvas que la formaba y había visto muchos accidentes.

Suspiró, estaba más tranquila. La razón le había ganado la batalla a su miedo. Se sentó en la terraza y terminó de ver el atardecer. Llevaba toda su vida yendo a esa casa y hasta hace pocos años no había sido consciente de lo privilegiada que era al tener ese rincón en el que poder escapar del día a día. “Será cosa de hacerse adulta”, pensó.

El sol terminó por ocultarse y la luna comenzó a brillar. Algunas estrellas palpitaban retando a la luna, pero poco podían hacer contra una adversaria tan poderosa; ella dominaba esa noche y solo le daba tregua a las doce estrellas que la rodeaban formando un círculo perfecto.

Las miró con interés y sintió que éstas la saludaban.

Se levantó de la silla de mimbre y entró en la casa. El estómago le rugió enfadado. Fue a la cocina y se hizo una pizza precocinada de atún. Se la comió en un segundo. Aún no tenía ganas de dormirse, así que decidió ponerse a ver una serie. Cargó una en su portátil, lo conectó a la televisión y abrió una lata de cerveza.

Poco a poco, el sueño se fue apoderando de ella. Con mucha fuerza de voluntad, subió las escaleras que la llevaban a su cuarto, se desnudó y se metió en la cama.

Dormía inquieta, moviéndose de un lado para el otro en la cama; la pesadilla de la tarde se repetía en bucle dentro de su cabeza. No dejaba de ver sus ojos negros y su propia sangre bañándola por completo. De repente, una voz metálica que parecía venir de la televisión del salón la despertó. Ella juraría que la había dejado apagada, pero estaba medio dormida cuando se levantó del sillón “Quizás no la apagué bien...Quizás la dejé encendida”, pensó tratando de tranquilizarse.

Bajó las escaleras. La televisión estaba encendida y mostraba imágenes de la playa mientras una voz hablaba:

“Pronto, Iruene. Pronto volverás” decía la voz.

El miedo le subió por la columna hasta la nuca. Apagó la televisión y la desconectó de la corriente. Quería correr, esconderse y gritar, pero su cuerpo no le respondía. Notó a alguien observándola desde la ventana de su derecha. Se giró despacio. Respiraba deprisa, sentía que se iba a asfixiar y cuando estuvo de frente a la ventana la vio como la había visto en la playa.

Iruene gritó. Su grito resonó por todo el pueblo y enseguida se encendieron las luces de las casas de los alrededores. No había apartado la vista de la venta pero, sin saber cómo, la Mujer de Negro había desaparecido; ahora nadie la observaba.

El primer vecino no tardó en golpear la puerta.

–Iruene, soy Luis. ¿Estás bien? ¡Contesta!

Trató de reponerse lo mejor que pudo, fingió su mejor sonrisa y abrió la puerta. En otras circunstancias le hubiera invitado a pasar. Luis le caía bien, era algo mayor que su madre y le encantaba que le contara historias sobre las gamberradas que hacían él y su madre de pequeños, pero ahora necesitaba estar a solas.

–Hola, Luis. Sí, tranquilo. Estoy bien. Vi algo correteando por la pared cuando iba al baño y me asustó, pero solo era un *perenquén*. Solo fue eso, todo está bien.

–¿Seguro?

–Sí, no te preocupes, Luis.

–Vale, si me encuentro a alguien por el camino se lo diré, pero que no te extrañe que venga todo el pueblo a preguntarte, y más después de lo de hoy... Buenas noches, Iruene.

Llegaron algunos vecinos más a lo largo de la noche y cuando por fin dejaron de llegar vecinos cerró la puerta con llave y todos los postigos; la luz de la luna le parecía siniestra y la asustaba

Cogió el portátil y subió a su cuarto. Iba a ver una película; no pensaba volver a dormirse y no iba a volver a enchufar la televisión.

Pasó lo que quedaba de noche viendo películas de animación, que ya había visto millones de veces y se sabía de memoria, pero que la ayudaban a relajarse y a dejar la mente en blanco.

Poco a poco, oyó a los pájaros cantar y la luz del sol se empezó a colar por las rendijas que dejaban los postigos de las ventas.

–¡Por fin es de día! –dijo aliviada.

Abrió la ventana de su cuarto; el día estaba un poco nublado, pero todo parecía normal y tranquilo.

Se cambió de ropa y se puso en marcha; no quería tardar mucho en volver a Santa Cruz. Recogió lo poco que había llevado para pasar el fin de semana y salió por la puerta. Al salir pisó algo viscoso y blando. Levantó el pie del suelo; la suela estaba manchada de sangre. Miró al suelo; había pisado una cabeza de gallina, pero no era la única: en total había doce.

Corrió hasta el coche, arrancó y salió disparada hacia la carretera. El pie se le resbalaba del pedal del acelerador.

Llegó a su casa, se quitó los tenis y los tiró a la basura. El móvil le vibró en el bolsillo trasero de sus pantalones pitillo. Era un mensaje de su madre: le preguntaba si ya había vuelto de Taganana y que si era así, le encantaría que fuera con ella y con su abuela a comer. Suspiró cansada; no le apetecía nada salir de casa, pero sabía que no podía decir que no.

Se reunió con su madre y su abuela en la pequeña tasca de la Rambla a la que solían ir a comer. Era un sitio pequeño, decorado con barriles de vino y una rueda de carro en la pared. Las patas de jamón pata negra colgaban detrás de la barra de madera oscura que ocupaba buena parte del local. Solo había unas pocas mesas y siempre estaban llenas. Era una de las mejores de tascas de Santa Cruz y eso se podía saber tan solo con ver las colas que se formaban al mediodía en la puerta.

Pidieron casi sin mirar la carta: jamón pata negra, huevos estrellados, atún a la plancha, papas arrugadas con mojo, lapas y gueldes.

Durante la comida, el tema principal de conversación no fue otro que lo sucedido en Taganana el día anterior.

–¿Viste algo, Iruene? Tuvo que ser horrible –preguntó su madre.

–Bajé a la playa cuando oí los gritos de todo el mundo, pero no vi nada más.

No quería entrar en detalles sobre lo que había visto ni sobre las cabezas de gallina.

–Muchas son las leyendas que hablan de los aquelarres del Bailadero y muchas son las leyendas que hablan del sacrificio de las doce –dijo su abuela.

–¡Mamá! ¿Cómo puedes seguir creyendo eso? No son más que viejos cuentos.

–La tierra es vieja y esconde secretos que ya se han olvidado, pero las viejas no olvidamos. Somos más prudentes con las cosas que no entendemos.

Su madre suspiró y pidió la cuenta. Pagaron y se fueron a tomar café a casa de su abuela. No estaba lejos, solo tenían que cruzar la rambla y caminar un poco.

Su abuela se puso una telenovela, su madre se quedó adormilada en el sillón y pronto ella también se quedó dormida.

–Iruene, pronto.

Se despertó y se levantó de un salto. Otra vez la volvía oír. Se despidió de su madre y de su abuela con un beso rápido y se fue. No se sentía capaz de quedarse un segundo más sentada en los sillones de skay. Necesitaba salir corriendo a cualquier parte.

Se subió al coche. Había aparcado al sol y su interior ardía como si hubiera estado dentro de un volcán; el pedal del acelerador aún estaba algo resbaladizo y la sangre había dejado un olor dulzón dentro del coche, pero nada de eso le importó, solo quería poner rumbo a ninguna parte.

Conducía como si fuera un autómatas. No era consciente de hacia dónde se dirigía y si en la carretera hubiera habido más coches, habría tenido más de un aparatoso accidente. El olor dulzón de la sangre le entraba por los orificios de su nariz y la hacía sentirse extraña; le revolvía el estómago y, a la vez, despertaba en su interior un apetito que nunca antes había conocido. Sin pensarlo, se relamió los labios.

De pronto, las imágenes de las cabezas y la sangre esparcida la golpearon como un torrente de flashes. Solo pensaba en la sangre, en el color oscuro que toma cuando es derramada en grandes cantidades, en su contradictorio olor dulzón a pesar de dejar un sabor metálico, en hundirse en ella... Se mordió con fuerza el labio, la sangre empezó a brotar de la herida, necesitaba sentirla corriendo por su garganta.

–Ya queda menos. Pronto podrás alimentarte –le susurró la voz de la Mujer de Negro.

Frenó el coche en seco. Empezó a temblar incontroladamente. Estaba al borde un ataque de ansiedad, pero no por haber vuelto a oír a la Mujer de Negro, sino porque realmente estaba hambrienta.

Una voz sacó a Iruene de su trance.

–¿Iruene, estás bien? ¿Es sangre lo que tienes en el labio? No esperaba verte por aquí hasta el fin de semana que viene. ¿Qué haces parada en medio de la carretera? –dijo su vecino Luis, que había parado el coche a su lado.

Miró a su alrededor: estaba de vuelta en Taganana. De repente, fue consciente de la sangre que le llenaba la boca y le manchaba las comisuras de la boca. Se limpió con el dorso de la mano y agarró el volante con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos.

–Hola, Luis –su voz sonaba más aguda y nerviosa de lo normal

Se aclaró la garganta con un carraspeo. La sangre se le mezcló con la saliva y se la tragó con ansia. Volvió a relamerse los labios.

–Hola, Luis –repitió esta vez con una voz más parecida a la suya –Bueno... me dejé el portátil aquí y lo necesito para mañana. Me paré porque vi una llamada de mi madre y me pareció más seguro parar antes de contestar –mintió. Se le daba fatal inventar excusas.

–¿Están bien todos? ¿Ha pasado algo? –preguntó preocupado.

–No, no. Tranquilo. Solo quería decirme que le llevara unas cosas de la casa.

Luis la miró extrañado, pero decidió dejarla tranquila.

–Bueno, si necesitas cualquier cosa ya sabes dónde estamos. ¡Hasta luego! –se despidió Luis, arrancando el coche.

Suspiró aliviada al ver el coche de Luis marcharse. No se acordaba de nada, no podía recordar el camino que había tomado para llegar hasta allí; solo recordaba el olor dulzón, el sabor de la sangre y el hambre que aún sentía.

Luchó contra los sinsentidos que llenaban su cabeza y condujo los escasos metros que la separaban de su casa. El sol ya estaba ocultándose y volvía a teñir de rojo todo el Macizo.

Aparcó en la entrada de la casa familiar y se bajó del coche. El olor de las flores del jardín estaba tapado por el olor a descomposición de las cabezas de gallina que aún seguían en el porche.

Como atraída por la música de un hipnotizador de serpientes, se dirigió a una de ellas y alargó la mano para cogerla. La colección de asquerosas moscas verdes que había invadido la cabeza salió volando asustada. Agarró la cabeza, la miró embelesada y se la metió en la boca. Sus dientes la aplastaron con una fuerza sobrehumana; los huesos del cráneo se le clavaban en la lengua y le desgarraban el interior de la boca. Su sangre se mezclaba con los sesos y la sangre de la cabeza. El sabor a descompuesto se mezclaba con el sabor de la sangre y le despertaba una sensación de éxtasis que no había conocido hasta ese momento. De repente, vio su reflejo en el pequeño espejo con forma de sol que adornaba la puerta de la casa: estaba cubierta de sangre y tenía los ojos de color negro. Dejó de masticar, se frotó los ojos; su diabólico reflejo desapareció y volvió a ser ella. En ese momento fue consciente de lo que estaba haciendo; escupió lo que quedaba de la cabeza y entró en el baño convulsionando por las arcadas. Vomitó hasta que echó la bilis. La boca y la lengua le ardían, pero no podía dejar de mordérsela para saborear su propia sangre.

La oscuridad llenaba cada rincón de la casa. Iruene no se había movido de la esquina en la que se había encogido al terminar de vomitar. La lengua le dolía con una intensidad desconocida, ahora no era más que un amasijo de carne hinchada y sangre. No sabía si se había quedado dormida o si se había desmayado. Tampoco sabía cuánto tiempo había pasado desde que había llegado. Todo estaba borroso y nada parecía real. Poco a poco, fue tomando consciencia de sí misma.

Desde donde estaba podía ver el pasillo que daba al baño y los muebles de madera que lo rellenaban. Las rayos de luz de luna que se colaban por las ventanas creaban sombras extrañas que parecían esconder secretos inconfesables. Esa casa nunca le había dado miedo, nunca le había parecido un lugar hostil ni siniestro, ni siquiera cuando se escondía con sus primos dentro del gran armario del cuarto principal a contar historias de terror alumbrados solo con una linterna. Solo tenía buenos recuerdos en ella, pero ahora se había convertido en un pozo de pesadillas del que solo quería salir.

Se levantó despacio, apoyándose con cuidado en el lavabo y en la taza. Encendió la luz del baño. El fuerte resplandor la cegó. Se lavó la cara y trató de no pensar.

Caminó hacia el salón despacio. A su paso iba encendiendo todas las luces que encontraba. Estaba mareada y le dolía todo el cuerpo. Se dejó caer en el sofá y se tapó con una manta que siempre estaba ahí. Solo quería dormir.

Cayó en un estado de semiinconsciencia en el que se le mezclaban todos los acontecimientos del fin de semana con las luces y sombras del salón. Veía sus propios ojos negros, las antorchas, los cuerpos de las mujeres ahogadas... Todo se repetía una y otra vez sin darle tregua a su cabeza. Las sienes le palpitaban y un sudor frío le mojaba la frente y las manos. Notaba su lengua ardiendo en la boca, pidiendo clemencia mientras ella se la mordía a pesar de sus esfuerzos por parar. Ya no estaba segura de lo que era real y lo que no.

Sumida en su mundo de alucinaciones y recuerdos notó que la luz de la lámpara de pie que estaba en una esquina del salón empezaba a parpadear. Se incorporó muy despacio sin dejar de mirar la lámpara. La luz del techo también empezó a parpadear. De repente, todas las luces de la casa empezaron a parpadear frenéticas.

–No, por favor –susurró.

Pero sus súplicas no fueron escuchadas y todas las bombillas estallaron a la vez. La casa se quedó a oscuras. Gritó desesperada hasta que su grito se convirtió en una risa maquiavélica; volvía a sentirse hambrienta. Iruene luchaba contra lo que fuera que estaba en su interior, trataba de volver a recuperar el control de sí misma. Quería levantarse y salir de la casa, volver a Santa Cruz para no volver jamás, pero no era capaz de moverse, algo la retenía.

–Ya queda menos –dijo la Mujer de Negro. Estaba de espaldas a la ventana. La luz de la luna proyectaba su alargada sombra por todo el salón.

El corazón le latía con fuerza; estaba eufórica y aterrorizada.

La Mujer de Negro flotaba hacia el sillón, olía a sangre y a lilas; Iruene se mordió la lengua con más fuerza. Cada vez estaba más cerca. Se encogió en posición fetal contra el sillón. La Mujer de Negro ya la tenía a su alcance. De repente, su cuerpo se tensó y algo la obligó a ponerse estirada boca arriba.

La Mujer de Negro se arrodilló en el suelo y puso las manos sobre el pecho de Iruene. Tenía las manos esqueléticas y brillaban con una palidez sobrenatural a la luz de la luna. Su túnica era una mortaja agujereada por los gusanos y ni siquiera desde esa distancia se distinguían las facciones de su cara.

–Ya queda menos. Pronto volverás a sentir la sangre llenándote, pronto volverás a ser libre –dijo la Mujer de Negro.

El corazón le latía desbocado, tan rápido que le dolía. La Mujer de Negro le presionó con fuerza el pecho. La presión le aplastaba los pulmones. Respirar era como si le clavaran un millón de cuchillas. La Mujer de Negro la estaba matando hundiéndole su propio esternón; quería partírselo en dos.

–Ya queda menos. Pronto volverás a sentir la sangre llenándote, pronto volverás a ser libre, pronto volverás a dominar este mundo – repitió la Mujer de Negro.

Intentó gritar, pero no podía, ya no podía respirar. Notaba como se ahogaba. Era consciente de que estaba muriéndose, pero no estaba asustada, estaba eufórica y llena de vida. De repente, el crujido de su esternón partiéndose llegó a sus oídos. Todo se volvió negro por un momento, pero en seguida volvió a despertar.

Ya no le dolía la boca ni el cuerpo, sus heridas se habían curado; estaba mejor que nunca pero, aun así, se sentía como si hubiera estado largo tiempo encerrada en un estrecho agujero. Miró a su lado: la Mujer de Negro seguía arrodillada, pero ahora tocaba el suelo con la frente y le ofrecía sus muñecas desnudas.

–¡Por fin estás de vuelta! Yo seré el primer alimento de tu regreso. Me ofrezco a ti.

Iruene se sentó en el sillón y tomó las muñecas de la Mujer de Negro. Con un rápido movimiento desgarró la pálida piel y la carne. La sangre comenzó a brotar. Se acercó las muñecas a la boca y se bebió con avidez hasta la última gota. Cuando terminó, se limpió la boca con el dorso de la mano y se lamió las puntas de los dedos hasta que estuvieron limpias. Se levantó del sillón; el cuerpo de la Mujer de Negro cayó inerte en el suelo.

Salió a la terraza. La Luna brillaba con fuerza y trece estrellas la rodeaban. La brisa le golpeaba el pelo contra la cara y le traía aromas que hacía mucho tiempo que no olía: sangre, miedo, almas podridas y corrompidas... Después de tanto tiempo estaba de vuelta, después de tanto tiempo el último aquelarre había conseguido terminar el ritual. Respiró hondo, feliz por volver a ese mundo que tanto había echado de menos.

–He vuelto –le susurró al viento.

Esa noche todos en la isla soñaron con una mujer de ojos negros bañada en sangre y con trece estrellas que rodeaban la Luna.